

Manuel de Odrizola y la Biblioteca Nacional (1875-1883)

Manuel de Odrizola and the National Library (1875-1883)

Henry Barrera Camarena
Biblioteca Nacional del Perú
Lima, Perú

Contacto: henrybarrera20@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-6242-7179>

Resumen

El artículo analiza las vicisitudes que enfrentó el coronel Manuel de Odrizola desde que asumió el cargo de bibliotecario de la Biblioteca Nacional. Su conocimiento bibliográfico e interés por la conservación lo llevaron a implementar reformas como la catalogación, el canje de libros, la adquisición de estantes, el reglamento y la contratación de más personal. Para lograr este cometido fue importante el apoyo de la prensa limeña, que le dio tribuna a las necesidades urgentes de la institución. Asimismo, se examinará el contexto económico que vivía el país cuando Odrizola empezó a ejercer sus funciones. De esta manera podrá entenderse por qué fue complicada la realización de tales reformas, pese al interés del gobierno por respaldarlo. No obstante, el expolio y la ocupación de la Biblioteca Nacional por parte del ejército chileno (1881-1883) paralizaron los cambios que se estuvieron implantando.

Palabras clave: Manuel de Odrizola, Biblioteca Nacional, expolio, catálogo, Guerra del Pacífico.

Abstract

The article analyzes the vicissitudes that Colonel Manuel de Odrizola faced since he assumed the position of librarian of the National Library. His bibliographical knowledge and interest in conservation led him to implement reforms such as cataloging, exchange of books, acquisition of shelves, regulations, and the hiring of more personnel. To achieve this goal, the support of the Lima press was important, because it gave him a platform to the urgent needs of the institution. Likewise, the economic context that the country was experiencing when Odrizola began to exercise his functions will be analyzed. In this way it will be possible to understand why it was difficult to carry out such reforms, despite the government's interest in supporting it. However, the looting and occupation of the National Library by the Chilean army (1881-1883) paralyzed the changes that were being implemented.

Keywords: Manuel de Odrizola, National Library, looting, catalogue, Pacific War.

Recibido: 2022-05-06 / Revisado: 2022-10-14 / Aceptado: 2022-10-25 / Publicado: 2022-12-06

Introducción

Hasta el momento, el texto de Alberto Tauro publicado en 1964 acerca de la gestión de Manuel de Odriozola como bibliotecario de la Biblioteca Nacional (1875-1883) sigue siendo la principal investigación para conocer esta etapa de la historia de esta institución. Si bien es un estudio relevante, hay aspectos que Tauro no llegó a tocar o a desarrollar con mayor profundidad. Este artículo tiene como objetivo analizar ese periodo, desde que Odriozola asumió el puesto hasta que fue reemplazado por Ricardo Palma. A su vez, se tomará en cuenta el contexto económico, la situación fiscal del país y de qué manera esto influyó en el limitado respaldo del gobierno de turno, lo cual no significó su desinterés al respecto, pues contribuyó en casi todas las reformas propuestas por el bibliotecario.

Por otro lado, la existencia de documentación oficial sobre esos años es limitada y básicamente rescata la parte administrativa y burocrática. En ese sentido, se revisaron las fuentes periódicas, siendo la más importante *El Comercio*, que se examinó íntegramente desde 1875 hasta 1879. Recordemos que durante la ocupación de Lima (1881-1883), no circuló ningún diario capitalino. Se optó por tomar como fuente principal a *El Comercio* porque se trataba del medio escrito más leído de aquellos años. No obstante, también se han consultado otros diarios, como *El Peruano*, *El Nacional*, *La Opinión Nacional*, *La Patria* y *La Sociedad*. La narrativa que se gestó en cada uno de ellos en torno a la Biblioteca Nacional permite identificar detalles difíciles de hallar en documentos oficiales. El progreso de la Biblioteca Nacional era un asunto público, de ahí el papel ciertamente fiscalizador que cumplieron los diarios, pues constataban si el Estado peruano cumplía sus promesas de apoyo a Odriozola o no.

Metodología

La investigación tiene como base el empleo de una fuente primaria y de otra secundaria. Respecto a la primera, esta incluye, en su mayor parte, artículos periodísticos de los principales diarios limeños, debido al rol supervisor de la prensa. A través de este tipo de información se ha podido reconstruir y seguir el devenir de la gestión de Odriozola, incluso antes de que asumiera el cargo. Asimismo, se ha utilizado documentación del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Archivo General de la Nación. Por su parte, la fuente secundaria comprende la bibliografía revisada en distintas bibliotecas de Lima.

La Biblioteca Nacional antes de Odriozola

El 9 de junio de 1875 falleció Francisco de Paula González Vigil, hasta entonces, bibliotecario de la Biblioteca Nacional, cargo que ocupó durante treinta años. Su partida dejó un hondo vacío no solo en la institución que dirigía, sino

también en el campo de la política y la intelectualidad. Pese a la pena generalizada por su muerte, pronto debía elegirse a su reemplazante, quien tendría la gran responsabilidad de estar a la altura del cargo y de su antecesor. Para aquel año se consideraba a la Biblioteca Nacional como una de las primeras de América, tanto por el número de volúmenes que custodiaba como por la rareza de libros que eran muy difíciles de hallar en cualquier otra biblioteca.

La organización de la Biblioteca Nacional se caracterizó por su aspecto rudimentario; solo se contaba con un bibliotecario, un conservador, un amanuense y un limpiador de libros. A todas luces se necesitaba de más personal para poder cumplir los objetivos que se trazasen. En las bibliotecas europeas y de países como Estados Unidos, normalmente se hallaban numerosos literatos y hombres de ciencia como empleados. Cada biblioteca se dividía en facultades y estas estaban subdivididas en ramos especiales que corrían a cargo de una persona, que a menudo era un profesor de universidad. Esta persona se encargaba de los amanuenses o secretarios, de la formación de los catálogos y de los libros por comprar. Solo para citar un caso, en Inglaterra, la Academia Real de Ciencias, con el objetivo de facilitar el estudio, resolvió formar un catálogo de todas las memorias sobre ciencias naturales publicadas en los diferentes periódicos científicos desde el establecimiento de las grandes academias científicas de París y Londres. En el Perú se estaba muy lejos de eso¹.

Con el paso del tiempo, la Biblioteca Nacional se convirtió en un depósito de libros polvorientos. Por aquel entonces, los usuarios preferían más a los periódicos o buscaban revistas científicas e industriales, por encima de los textos. Por ello se requerían salas destinadas a la lectura de diarios nacionales y extranjeros. De manera sarcástica se sostenía que «en otros países no solo las bibliotecas, sino hasta los hoteles tienen salas y gabinetes de lectura donde se encuentran entre revistas de ciencias, arte y literatura [...]»².

Otra tarea esencial e impostergable era dotar a la Biblioteca Nacional de una imprenta propia para sus publicaciones y de un taller de encuadernación para preservar los manuscritos y renovar las cubiertas de las obras deterioradas.

Nuevo bibliotecario

La persona idónea para el cargo debía gozar de la misma aceptación que Vigil —esta fue, sin dudas, la razón principal por la que se mantuvo durante treinta años como bibliotecario—. Bajo la nueva dirección se tendría que empezar la elaboración del catálogo con el que todavía no se contaba. El elegido tendría que concentrarse en asegurar que las joyas bibliográficas de la Biblioteca Nacional se conservaran para las generaciones futuras.

1 La Opinión Nacional. Martes 15 de junio de 1875.

2 La Opinión Nacional. Viernes 25 de junio de 1875.

El 9 de junio, Trinidad Manuel Pérez, director y dueño del periódico *El Comercio del Perú*, elevó un oficio al presidente Manuel Pardo y Lavalle en el que se ofrecía para el puesto de bibliotecario, sin recibir remuneración de ningún tipo³. En su misiva sostuvo:

Habiendo quedado vacante la dirección de la Biblioteca Nacional por la inesperada muerte del señor Dr. D. Francisco de Paula González Vigil, cuya pérdida para los jóvenes estudiosos, que él llamaba hijos, no será reparada ni con el valioso tesoro de sabiduría y de virtudes que lega al país en sus obras, y teniendo la conciencia de poder contribuir al adelanto de ese establecimiento por el estudio que de esas instituciones he hecho en Europa y en Estados Unidos; ocurro a V.E. a fin de que al proveer esa vacante se digne tener en cuenta de que yo estoy dispuesto a servir [...]⁴.

Trinidad Pérez renunciaba al sueldo y pedía que ese monto se invirtiera en la adquisición de libros para seguir enriqueciendo los fondos de la Biblioteca Nacional. Al igual que él, otros candidatos se presentaron ante el presidente con la misma consigna. En Lima había intelectuales capaces de asumir la dirección y, de todos ellos, el que reunía los requisitos y gozaba del apoyo de las personas entendidas y de la prensa era el coronel Manuel de Odriozola⁵.

Odriozola, quien por entonces era ministro de Justicia, había dedicado casi toda su vida a la adquisición y al estudio de libros raros sobre América y el Perú en particular. Poseía una valiosa colección de textos en la cual invirtió fuertes sumas de dinero, lo que mostraba también el valor que estos tenían para él. Asimismo, ostentaba muchos manuscritos acerca del virreinato peruano en sus diferentes aspectos. Pero, sobre todo, primaba su faceta de bibliófilo. Fue por ello que se dedicó al estudio de los materiales que conservaba, los cuales complementó con otros y, además, publicó su famoso *Documentos literarios del Perú*. Hasta esa fecha eran diez los volúmenes que circulaban en las librerías⁶.

Durante los últimos días de junio la Biblioteca Nacional estuvo cerrada por orden del gobierno. En la puerta del recinto se pegó un papel que indicaba esta disposición a los visitantes recurrentes. Así permanecería hasta que se decidiera nombrar un nuevo bibliotecario⁷. Luego de un estudio de aspirantes, el 2 de

3 *El Comercio*. Viernes 11 de junio de 1875. Pérez, dramaturgo trujillano, integró la bohemia limeña de mediados del siglo XIX; además, fue un conspicuo admirador de la novedosa tradición literaria de la capital (Zevallos, 2018, p. 115).

4 *El Comercio*. Sábado 12 de junio de 1875.

5 Su designación no ocasionaría gravamen alguno al Estado, ya que seguiría recibiendo el sueldo de coronel. *El Comercio*. 14 de junio de 1875.

6 En marzo de 1878, Odriozola le comunicó al director de Instrucción que en la Biblioteca Nacional existían cien ejemplares de los últimos siete volúmenes de su obra *Colección de documentos históricos y literarios del Perú*.

7 *El Comercio*. Lunes 28 de junio de 1875.

julio, el presidente Pardo nombró a Odriozola para que tomara las riendas de la Biblioteca Nacional⁸. Si bien esperaba ser elegido para el cargo, el anuncio lo asombró, pues estaba en un momento afianzado de su carrera intelectual y tenía un nombre ganado en la sociedad. El encargado de anunciarle la noticia fue el ministro de Gobierno, Policía y Obras Públicas⁹. Lo curioso es que antes de que el mismo Odriozola fuese notificado de su nombramiento, en la prensa local ya corría el rumor de que esto solo era cuestión de días¹⁰. Los medios periodísticos conocían la noticia de manera extraoficial.

Odriozola llegó a la Biblioteca Nacional en un escenario nacional desfavorable. Pese a la exportación del guano y del salitre, esto no se plasmaba en beneficio de la mayoría de los ciudadanos (Salas Olivari, 2016, p. 143). La pésima distribución de los recursos y la centralización contribuyeron a la generación de un clima social turbulento, sin soslayar el incremento de la deuda externa.

Inicio de reformas y la prensa

Odriozola estaba al tanto de los problemas que aquejaban a la Biblioteca Nacional, pues durante años la visitó asiduamente para revisar las fuentes bibliográficas, documentales y hemerográficas que ahí existían. Aun así, necesitaba tomarse algunos días para empaparse del estado en el que la había dejado su antecesor González Vigil.

Luego de varias semanas de estudio, el 14 de agosto remitió un oficio al ministro de Instrucción en el cual informaba en qué condiciones estaba recibiendo la Biblioteca Nacional. Odriozola comenzó por recordar que los viajeros extranjeros que llegaban a Lima visitaban preferentemente la Biblioteca Nacional y que a partir de lo que observaban en ella podían deducir el grado de progreso y cultura del país. Con esa premisa, le era hasta cierto punto vergonzoso mostrarles a los visitantes un lugar carente de orden y pulcritud.

Las necesidades más urgentes por resolver eran el tema de los empleados, terminar la refacción del local —obra que encontró muy avanzada— y lo relativo a la bibliografía. Sobre este último punto, hizo hincapié en la inexistencia de un catálogo, lo que impedía conocer cuántos volúmenes se custodiaban y su respectiva importancia. Un catálogo es fruto de años de trabajo; por ello, para su realización, más allá de las buenas intenciones, se necesitaban recursos. El oficial conservador y el amanuense de la Biblioteca Nacional constantemente atendían a los asistentes a la sala de lectura que, por día, bordeaban las cuarenta personas. Por lo tanto, era preciso contratar, como mínimo, a dos auxiliares entendidos en bibliografía y a más amanuenses.

8 Una semblanza de su labor patriótica e intelectual se puede ver en Herrera, 1862, pp. 272-273; Polo, 1890, pp. 78-79; Tauro, 1964.

9 *El Peruano*. Viernes 9 de julio de 1875.

10 *El Nacional*. Jueves 1° de julio de 1875; *La Opinión Nacional*. Jueves 1° de julio de 1875; *La Sociedad*. Viernes 2 de julio de 1875.

En esa misma línea, Odriozola comunicaba la penosa noticia de que alrededor de diez mil volúmenes de diferentes materias estaban siendo consumidos por las polillas. Libros raros, ediciones de los siglos XV y XVI, elzevires o publicaciones de inicios de la imprenta, que por entonces costaban grandes cantidades de dinero en Europa, se hallaban prácticamente destruidos. La misma suerte correrían muchos manuscritos, crónicas y libros relacionados con las épocas de la conquista y la colonia. La Biblioteca Nacional contaba con un solo empleado dedicado a la limpieza de los anaqueles y al aseo de los salones, por lo que su tarea era de nunca acabar¹¹.

Odriozola proponía como una primera tarea tratar de paralizar los estragos ocasionados por las polillas. Para ello tendrían que cambiarse las cubiertas de todos los libros forrados en pergamino. La labor se realizaría en una oficina de conservación que estaba en proyecto y que también se encargaría de empastar en volúmenes la inmensa cantidad de folletos acumulados en el archivo. Enseguida, sería necesario proveer al establecimiento de estantes apropiados y en cantidad suficiente para que los libros no estuvieran hacinados en el piso. El valor de la Biblioteca Nacional radicaba, más que en la cantidad de textos, en el caudal de obras raras que albergaba. Si su solicitud de reforma era desatendida por el gobierno, juzgaba que «sería mejor clausurarla y vender las obras al mejor postor»¹². Odriozola recordaba que, como empleado de la secretaría del general José de San Martín, había participado en la redacción del decreto de fundación de la Biblioteca Nacional, por lo que no había nadie más idóneo que él para expresar la importancia y la trascendencia de rescatarla del descuido. Esperaba pues que su oficio llegara a manos del presidente Pardo, para que, una vez informado de la situación, tomara cartas en el asunto¹³.

El 2 de diciembre, Odriozola se dirigió nuevamente al ministro de Instrucción para que sus solicitudes fuesen atendidas. En esta ocasión indicaba que, de todos los males de la Biblioteca Nacional, uno tenía que ser atendido con prioridad: la conservación de los libros. Empieza señalando que se contaba con un aproximado de doce mil folletos, los cuales habría que encuadernar. Para lograr ese cometido, proponía que, con el sueldo asignado en el presupuesto a la plaza de bibliotecario, se contratara a un encuadernador que realizaría sus funciones en un taller que se implementaría para tal fin. Para la organización del taller y la compra de máquinas y materiales, por el momento bastaba con un gasto de dos mil cien soles.

11 El 9 de noviembre, Odriozola le informó al ministro de Instrucción que el archivero encargado del Archivo Nacional había puesto a su disposición a Mariano Torres y Enrique Trujillo, amanuenses de dicha entidad. Ambos prestarían sus servicios en la Biblioteca Nacional.

12 *El Comercio*. Lunes 16 de agosto de 1875.

13 La postura que mostró Odriozola en su oficio la respaldó su competidor en el cargo Trinidad Pérez, quien compartía la idea de cerrar la Biblioteca Nacional ante esta cruda realidad. *El Correo del Perú*. Domingo 22 de agosto de 1875.

El sueldo que recibía Odriozola era el de coronel fundador de la independencia, pero no percibía una remuneración como bibliotecario. Ese dinero resultaba útil para dicho taller, además que era preferible esta opción a delegar el trabajo a oficinas particulares que cobrarían mucho más de lo presupuestado. Una vez instalada la oficina de encuadernación, se podría determinar cuáles eran los libros y los folletos duplicados y canjearlos con las bibliotecas de Santiago o de Buenos Aires, cuyos directores mostraban su disponibilidad para ese cometido. Veamos a continuación el presupuesto de los gastos del taller¹⁴:

Tabla 1

Presupuesto de gastos del taller

Una prensa de aprensar mejorada	100
Una máquina de cortar	600
Una prensa de recortar con su cuchilla	10
Seis telares para coser libros a 2 soles cada uno	12
Una cuchilla de hierro para cortar cartón	150
Tres componedores de tornillo para dorar	12
Cuatro martillos para hacer lomos	6
Doce clases de tipo surtidos para dorar con su respectivo comodín con cajas Doce rondanas surtidas Cuatro bruñidores surtidos de ágata Dos tijeras Un surtido completo de filetes, flores, jeroglíficos de puño para dorar, pomazón, cuchillas, puntillas, escuadras, reglas de fierro, plegaderas, tablas de satinar y telas para forrar libros	600
Seis docenas de marroquín de grano surtidos, papel jaspeado o mármol, cartón y oro surtido	600
Total de gasto en soles	2090

¹⁴ *El Comercio*. Viernes 3 de diciembre de 1875.

El 12 de enero de 1876, el presidente Pardo expidió una resolución suprema en la que disponía que, a partir del mes siguiente del fallecimiento de González Vigil, la suma asignada a la plaza de bibliotecario sería invertida en instalar un taller de encuadernación, en la adquisición de sus útiles y en el pago de los operarios requeridos¹⁵. Se le ordenó al ministro de Hacienda que dispusiera que la caja fiscal acatará la medida¹⁶. Pese a la compleja situación del erario nacional, se trataron de solventar estas necesidades de la Biblioteca Nacional.

Odriozola no estuvo solo en estas tareas a las que se abocó. Constantemente, los diarios locales tocaban el tema¹⁷. Con notas pequeñas, pero contundentes, les recordaban a las autoridades que era fundamental saber con cuántos volúmenes se contaba en la Biblioteca Nacional para garantizar su correcta conservación. Se instaba a Odriozola a que tomara la iniciativa y a que, con el personal con el que contaba, empezara a elaborar un índice¹⁸. Una propuesta consistía, por ejemplo, en catalogar sin cargar al fisco de un gravamen más. Para eso, debía emplearse la mano de obra de la propia institución. Sin un catálogo era complicado ubicar un texto entre los estantes. Sarcásticamente se decía que si se quería saber de algún volumen había que acudir al catálogo «Calderón», en referencia al conservador Manuel Calderón, «cuya existencia es mortal como la de todos; y que digna de verse quedaría la biblioteca si su índice Calderón se enfermase»¹⁹. Ello en alusión a que siempre había inconvenientes cada vez que este trabajador faltaba a la Biblioteca Nacional, ya que prácticamente ninguna otra persona lo podía reemplazar. De ahí que surgiera la frase «deme U. tal libro, se le decía a un empleado, y este contestaba, no sé dónde está, Calderón sabrá»²⁰.

15 *El Comercio*. Jueves 13 de enero de 1876; *El Nacional*. Jueves 13 de enero de 1876; *La Opinión Nacional*. Jueves 13 de enero de 1876. Ese mismo mes, un medio periodístico denunció que varios conventos de Lima estaban vendiendo importantes libros que resguardaban en sus estantes a personas extranjeras; la mayoría de ellos, de corte religioso y filosófico. Debido al desconocimiento de los prelados, valiosas obras salían del país sin esperanza de retorno. Por ese motivo, se propuso que en vez de que las vendieran a extraños, el Estado debía adquirirlas para que inmediatamente incrementaran los fondos de la Biblioteca Nacional. *La Opinión Nacional*. Viernes 28 de enero de 1876.

16 *El Peruano*. Lima 1° de febrero de 1876.

17 *El Comercio*. Martes 1° de febrero de 1876; *La Opinión Nacional*. Jueves 10 de febrero de 1876; *El Nacional*. Martes 7 de marzo de 1876.

18 *El Nacional*. Miércoles 8 de marzo de 1876.

19 *El Comercio*. Martes 8 de febrero de 1876.

20 En una ocasión, un joven lector pidió que se le proporcionase *El Conde de Montecristo* y el encargado de atender a los usuarios se la negó con la excusa de «no tener autorización para dar novelas»; similar respuesta recibió al solicitar la *Química de Riche*. Enfadado por lo sucedido, no dudó en ir a un periódico local y hacer pública su molestia. *El Nacional*. Lunes 13 de marzo de 1876. La noticia se difundió rápidamente en el medio. Al día siguiente de publicarse, el oficial conservador de la biblioteca, por orden de Odriozola, envió una carta al cronista del diario para informarle que *El Conde de Montecristo* se había perdido durante la gestión

De igual manera, la prensa cumplía un rol fundamental al momento de proponer otras reformas necesarias en la institución u otras medidas de menor envergadura²¹. Por ejemplo, diariamente concurrían muchas personas para leer, consultar alguna obra o buscar algún dato. Sin embargo, había un ruido estresante que se escuchaba en todo momento. En las esquinas del salón de lectura se formaban grupos que solo iban con la intención de charlar²². Por ello, era preciso hacer un llamado para que primase el silencio en beneficio de los lectores.

Por otra parte, el 9 de mayo, Odriozola pasó un oficio al ministro de Instrucción referente a la designación de cuatro o seis personas para que se ocuparan de limpiar el polvo de las colecciones de periódicos y otros documentos de las épocas de la colonia y la independencia, «que en montones y en completo desorden tengo aquí aglomerados»²³. Algunos días después, volvió a remitir otro documento al ministro, esta vez apelando al rol del Estado en la preservación de las obras que enriquecen a la nación. En primer lugar, aclaró que el tan ansiado índice, antesala del catálogo, no era posible si antes no se dotaba a la Biblioteca Nacional de más personal. El conservador y el amanuense se encargaban de la atención de los lectores; en el caso del oficial, plaza ya ocupada por Calderón, urgía que otro empleado más lo acompañara. Para Odriozola, el personal ideal era un subbibliotecario, dos oficiales conservadores, seis amanuenses y dos empleados para la limpieza de estantes y libros²⁴.

Debido a la demora del gobierno en responder a sus pedidos, Odriozola recurrió a la prensa local, que hacía suyas sus solicitudes²⁵. Por su alto cargo, reconocimiento y por el respeto que le tenían, el bibliotecario no temía filtrar las notas que recurrentemente le enviaba al gobierno. De esta manera, lo concerniente a la Biblioteca Nacional pasaba a convertirse, realmente, en un problema nacional. Odriozola jugó en pared con el medio escrito; esta fue la manera que encontró para que no se desatendiera a la institución que dirigía. Sin embargo, era poco lo que se podía hacer desde el palacio presidencial, ya que el presupuesto que se les asignaba a las instituciones públicas —entre ellas, la Biblioteca Nacional— se elaboraba anualmente y con meses de anterioridad. Luego, era tarea del Congreso aprobarlo tal cual o con modificaciones. Por ese motivo, en julio de 1876, el ministro de Instrucción Manuel Odriozola Romero

de González Vigil, mientras que la Química de Riche nunca había existido en la Biblioteca Nacional. *El Nacional*. Martes 14 de marzo de 1876.

21 Como sugerir que en los meses de verano se abrieran las ventanas de la biblioteca, ya que el calor incomodaba demasiado a los lectores. *El Comercio*. Lunes 21 de febrero de 1876.

22 *El Comercio*. Viernes 4 de febrero de 1876.

23 *El Comercio*. Miércoles 10 de mayo de 1876.

24 *El Comercio*. Lunes 15 de mayo de 1876.

25 *La Sociedad*. Miércoles 8 de noviembre de 1876.

informaba al Congreso que el precario estado de la hacienda pública impedía que el gobierno prestara la atención requerida a la Biblioteca Nacional. El ministro apoyó el pedido del bibliotecario para que se le asignara más personal, lo cual implicaba más fondos. En el siguiente presupuesto, este punto y otros tendrían que considerarse.

La situación de la Biblioteca Nacional tiene que ser comprendida en relación con el contexto que se vivía. El 2 de agosto de 1876 asumió la presidencia Mariano Ignacio Prado. El mandatario tomó las riendas de un país con una limitada economía y con complicaciones para generar ingresos suficientes con los que afrontar sus obligaciones y las demandas de los acreedores extranjeros (Salas Olivari, 2016, p. 158). Desde 1875, año en que asumió Odriozola, a 1877, el Estado optó por reducir sus gastos, lo que se plasmó en una menor ejecución de proyectos y obras. Por ello, Odriozola tuvo que batallar para poder ejecutar sus reformas.

Miguel Lazón Llamas fue un diputado que se interesó por el progreso de la Biblioteca Nacional. El 28 de noviembre de ese mismo año, elaboró un proyecto de ley para que se concretaran las reformas necesarias. Lazón proponía: a) que se derogara la ley que creó el Archivo Nacional y que este pasara a formar parte de la Biblioteca Nacional; b) debía contarse con un bibliotecario (sueldo de 3000 soles), un subbibliotecario (sueldo de 2400 soles), un oficial primero (sueldo de 1800 soles), un oficial (sueldo de 1200 soles), tres oficiales conservadores (sueldo anual de 100 soles cada uno), seis amanuenses (sueldo de 600 soles cada uno), tres limpiadores de libros que también deberían barrer y asear los salones (sueldo de 25 soles al mes cada uno) y un portero; c) dichas plazas serían nombradas por el gobierno a propuesta del bibliotecario; d) el Ejecutivo nombraría las comisiones para la formación del índice o catálogo general y el reglamento de la Biblioteca; e) en el presupuesto general de la nación debía someterse a votación la suma de 2000 soles anuales para la adquisición, en Europa, de las obras de interés que se hubiesen publicado —la compra recaería en los ministros diplomáticos que residían en Londres y en Francia; y f) se destinarían 240 soles para gastos de escritorio²⁶.

Por otro lado, el 16 de enero de 1877 Odriozola se dirigió al ministro de Instrucción para que dispusiera el cumplimiento de la ley que obligaba a todas las imprentas a remitir a la Biblioteca Nacional dos ejemplares de los libros, folletos o periódicos que publicaran. Muy pocas cumplían esta norma cuando se trataba de los periódicos que circulaban en provincias y que en raras ocasiones se enviaban a Lima. Odriozola exhortaba a que el

²⁶ *El Comercio*. Jueves 7 de diciembre de 1876. El proyecto de ley contenía aspectos interesantes, pero su aprobación estaba en manos del Congreso. Pese a que se desconoce el devenir de la iniciativa, es claro que al final fue desestimada y archivada.

prefecto de cada localidad notificara a los dueños de los establecimientos tipográficos a que acataran la ley, bajo la amenaza de ser penados según lo establecido²⁷.

Catálogo y canjes

Odriozola enfatizaba la necesidad de que los libros fueran clasificados por materia, fechas y autores; y a partir de ello, formar un catálogo. El 22 de mayo de 1877 requirió al ministro de Instrucción que José Toribio Polo, oficial segundo de la administración de Correos, pasara a la Biblioteca Nacional con el sueldo que disfrutaba y en calidad de agregado, «mientras se colocan convenientemente los libros y se hace el índice razonado». El interés de Odriozola por Polo radicaba en que este «a sus conocimientos bibliográficos, añada los adquiridos en más de diez años de asidua asistencia a la Biblioteca, registrándola para sus trabajos sobre historia patria, con permiso de mi antecesor el señor González Vigil»²⁸. Es así que, a partir del 1° de julio, Polo pasó a la Biblioteca Nacional, en cumplimiento de la resolución suprema del 19 del mes anterior²⁹.

Otro personaje clave en el proyecto del catálogo fue José Román de Idiáquez, quien desde mediados de 1876 se desempeñaba como meritorio. Su función era el arreglo de las obras colocadas en la estantería del nuevo salón. Sus conocimientos en bibliografía lo convirtieron en un empleado necesario para la buena marcha del establecimiento. Con este precedente, el 25 de agosto Odriozola recomendó al gobierno, dada la necesidad de cubrir una de las plazas vacantes de amanuense, que lo contrataran para ese empleo. Empero, el 4 de setiembre Odriozola fue notificado del rechazo a su solicitud, ya que esa plaza tenía que seguir siendo ocupada por Aurelio Langaray, antiguo amanuense del Archivo Nacional³⁰.

El 3 de enero de 1878 se dispuso, por decreto supremo, la forma en que la Biblioteca Nacional realizaría el canje de libros, folletos y demás publicaciones con sus homólogas en el exterior³¹. Procediendo a su cumplimiento, Odriozola se contactó con los directores de las bibliotecas nacionales de Santiago, Mon-

27 *El Comercio*. Miércoles 17 de enero de 1877.

28 Archivo General de la Nación (en adelante AGN). Ministerio de Justicia y Beneficencia (en adelante MJB). Legajo 70, documento 44, 1877.

29 Polo también participó en el arreglo de diversos archivos, tales como el de Hacienda, Cabildo Metropolitano, Arzobispal, Tribunal de Cuentas (Dager Alva, 1999, p. 5). Hasta el momento en que comenzó con la labor de la catalogación, apoyó en otras tareas asignadas.

30 El 9 de setiembre, a petición de Odriozola, se destinó al sargento mayor del ejército Eulogio Quiñones para que prestara sus servicios a la institución como oficial calígrafo y ayudara en la formación del catálogo. *El Comercio*. Lunes 10 de setiembre de 1877. Anteriormente se había desempeñado como calígrafo del Ministerio de Guerra y Marina. AGN. MJB. Legajo 70, documento 8, 1877.

31 Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores (en adelante AMRE). Correspondencia B.7.4.1. Caja 256, carpeta 15, 1878.

tevideo, Buenos Aires, Caracas y Bogotá para enviarles cajones de libros para intercambiar. La labor se hacía en coordinación con el Ministerio de Relaciones Exteriores, responsable de dar la orden final de enviar los volúmenes a sus destinos³².

A mediados de ese año, exactamente el 25 de julio, se presentó el proyecto del reglamento de la Biblioteca Nacional, el cual contó con el total respaldo del gobierno, que estaba convencido de la necesidad de organizarlo de un modo más conveniente (Loayza, 1878, p. XXV)³³. Si bien había un déficit económico, esto no impedía que se reorganizara la Biblioteca Nacional; es más, el propio ministro de Instrucción José Loayza le sugería al bibliotecario que remitiera la propuesta de la cantidad de personal que deseaba y la escala de sueldo correspondiente.

En setiembre, el bibliotecario elaboró un informe concerniente a varios aspectos de la Biblioteca Nacional, a raíz de un pedido del ministro Loayza³⁴. El documento es valioso pues revela detalles del estado en que esta se hallaba. En primer lugar, Odriozola calculaba que había aproximadamente cien mil volúmenes, mientras que el número de manuscritos era reducido y no excedía los cuatrocientos. En relación con el espacio que ocupaba, indicaba que son «tres salones del antiguo Colegio de Caciques, a los que últimamente se ha añadido el local que fue refectorio de los jesuitas»³⁵. Por otro lado, aprovechó la ocasión para cuestionar que, en la corta historia de la Biblioteca Nacional, eran pocas las donaciones de libros que había recibido y solo rescataba «la hecha en 1840

32 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 255, carpeta 1, 1878.

33 *La Opinión Nacional*. Sábado 27 de julio de 1878. Para una revisión detallada de cada punto del proyecto del reglamento, véase *La Patria*. Sábado 27 de julio de 1878. Cabe indicar que su base fue un informe minucioso que Odriozola presentó el 25 de junio del mismo año. AGN. MJB. Legajo 70, documento 11, 1878. En esa misma fecha se publicó un decreto supremo que nombraba a Miguel Arróspide y a Armando Castañeda como amanuenses interinos para la tarea del catálogo. Los dos amanuenses permanentes eran Aurelio Langaray y Alejo Palomeque; este último tenía más de veinte años de labor en la Biblioteca.

34 El pedido del ministro provino de una solicitud que este había recibido del ministro de Relaciones Exteriores, quien intercedió, a su vez, por Vicente Quesada, director de la Biblioteca Nacional de Argentina, para que le facilitaran información sobre la Biblioteca Nacional de Lima, como parte de un estudio que estaba realizando de las bibliotecas americanas. Al respecto véase, Buchbinder, 2018. Un año antes, Quesada publicó *Las bibliotecas europeas y algunas de la América latina* (1877), libro en el que afirma haber recibido datos incompletos y deficientes de la Biblioteca Nacional de Lima, a causa de la dificultad que tuvo de comunicarse con su homólogo peruano. Este era el primer tomo de un estudio de bibliotecas nacionales europeas y americanas. El segundo tomo se centraría en algunas bibliotecas de este lado del mundo. Para cumplir su cometido, Quesada presentó formalmente a las autoridades peruanas una lista de preguntas que tenían que ser respondidas por Odriozola. Las respuestas se dieron rápidamente y quedó en manos del ministro de Relaciones Exteriores del Perú remitir el documento a su par argentino, quien finalmente lo derivaría a su solicitante inicial.

35 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 256, carpeta 16, 1878.

por Miguel de la Fuente Pacheco»³⁶. Respecto al personal, solamente había un bibliotecario, un conservador, un amanuense y un portero; aunque, «hay otros agregados que se ocupan en la actualidad del arreglo de los volúmenes en los estantes nuevamente construidos y en la formación del índice general»³⁷. Respecto a la atención al público, el horario era todos los días, excepto los feriados, desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Loayza fue reemplazado en el cargo por Mariano Felipe Paz Soldán, quien estaba interesado en que la catalogación se iniciara lo más pronto posible y, por ello, el 14 de enero de 1879 le comunicó al académico Manuel González de la Rosa de la suprema resolución expedida referente a su nombramiento como parte de la comisión encargada de formar el catálogo de la Biblioteca Nacional. Su elección se basó en su vasto conocimiento bibliográfico, producto de su recorrido por las principales bibliotecas europeas occidentales³⁸. Dos días después, González De la Rosa agradeció el gesto de Paz Soldán y luego aceptó trabajar al lado de Polo en dicha labor. En su respuesta acotó:

Contando con que US. nos enviará los laboriosos e inteligentes auxiliares que nos ha ofrecido, secundado por el señor director y mi entendido colega señor Polo, y más que todo, con el apoyo y consejos de US. cuya competencia todos reconocen me prometo llevar a cabo en pocos meses, lo que no se ha hecho en más de medio siglo que lleva de existencia la Biblioteca Nacional³⁹.

Tres días después se oficializaría la conformación de una comisión compuesta por González de la Rosa y Polo para implementar el catálogo. Para poder cumplir con el objetivo, recibirían la ayuda de los empleados gravantes al fisco designados por resolución suprema. Odriozola prestaría a la comisión todas las facilidades. Cabe indicar que el catálogo y el arreglo de los estantes se harían según instrucciones del Ministerio de Instrucción⁴⁰. La prensa informaba al público sobre el desarrollo de esta noticia. Eran muchos los asiduos usuarios que acudían constantemente a la Biblioteca Nacional para revisar los materiales, así que esta información referente al próximo catálogo les sería de mucha utilidad. Prácticamente ningún medio

36 Las bibliotecas particulares de Joaquín Paredes (1859) y de Manuel Pérez de Tudela (1863) llegaron a la Biblioteca Nacional en condición de compra.

37 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 256, carpeta 16, 1878.

38 Una semblanza del devenir intelectual de este personaje, en Riviale, 1997. González de la Rosa, junto a otros bibliófilos notables de la época, como Ricardo Palma, Manuel de Mendiburu y Enrique Torres Saldamando, se reunían en las tardes a charlar y revisar libros en la Biblioteca Nacional, por invitación del mismo Odriozola (Palma, 1905, p. 1936).

39 *El Comercio*. Lunes 20 de enero de 1879.

40 *El Comercio*. Sábado 18 de enero de 1879; *El Nacional*. Sábado 18 de enero de 1879; *La Opinión Nacional*. Sábado 18 de enero de 1879.

escrito dejó de informar al respecto; el proyecto del catálogo había concitado toda la atención.

Los dos eruditos, Polo y González de la Rosa, recibieron alrededor de quince instrucciones a las que debían ceñirse al momento de empezar el ordenamiento y la catalogación de los libros⁴¹. El gobierno giraría dinero a Odriozola para que suministrara los materiales necesarios para la labor⁴². En los primeros días de febrero se presentaron ante el bibliotecario el teniente coronel Julio Martínez, el sargento mayor Pedro Raygada y el capitán Agustín Echevarría para prestar sus servicios en la elaboración del catálogo, según lo oficiado y establecido por el ministro Paz Soldán en una nota del día 30 del mes anterior.

En paralelo al inicio de esta actividad, Odriozola mandó un oficio al gobierno en relación con el incumplimiento de los impresores de remitir dos ejemplares de lo que se producía en sus talleres, según lo estipulaban los decretos del 8 de febrero y 31 de agosto de 1822⁴³. Se necesitaba adoptar una medida eficaz que impidiera la reincidencia de tales omisiones; por tal razón, el 4 de febrero, el Ministerio de Instrucción expidió la siguiente resolución:

Que siempre que salgan a la luz cualesquiera obra, folletos, periódicos u hojas sueltas y los respectivos directores o administradores de imprenta no remitan a la Biblioteca Nacional, el bibliotecario proceda a comprarlos pasando el recibo del vendedor al Ministerio de Instrucción para que disponga que por la prefectura del departamento se haga efectivo su valor del impresor que haya incurrido en la enunciada falta⁴⁴.

El 12 de mayo, Prado promulgó el reglamento de la Biblioteca Nacional, instrumento con el cual se regularizaron su administración y funciones, y se determinó el personal con el que contaría (un bibliotecario, un subbibliotecario⁴⁵, dos vigilantes, cuatro conservadores, un amanuense y un portero).

El reglamento se publicó justamente al inicio de la Guerra del Pacífico (5 de abril de 1879). Por ello, los principales recursos del país se destinaron a atender al Ejército y la Marina y a la compra de armamentos. Pese a ello, llama la atención que los empleados llegaran a la cantidad de diez. Al analizar el pliego pre-

41 *El Comercio*. Jueves 23 de enero de 1879; Tauro, 1964, pp. 91-92.

42 *El Comercio*. Sábado 25 de enero de 1879.

43 Mediante una resolución suprema del 5 de julio de 1876 se declararon vigentes los dos decretos mencionados, pero ni aun así fueron cumplidos (Tauro, 1964, p. 54).

44 *El Comercio*. Jueves 13 de febrero de 1879. La medida fue complementada por otra dada el 21 de julio del siguiente año, en la cual el gobierno ordenó que los prefectos y los subprefectos de toda la nación impusieran la multa de 10 a 20 libras esterlinas a los dueños de imprentas que no acataran la norma. El monto iría a favor de la persona que diera aviso de este acto. La multa no eximía a la imprenta de remitir los ejemplares. *La Opinión Nacional*. Jueves 22 de julio de 1880.

45 El primero en ostentarlo fue González de la Rosa.

supuestal destinado a la Biblioteca Nacional en el bienio 1879-1880 se observa que el dinero que se le asignaba se ceñía al pago de los empleados, quienes eran los siguientes: un bibliotecario, un conservador, dos amanuenses y un portero; es decir, la mitad.

La aprobación del presupuesto se dio en 1878, cuando aún no comenzaba la guerra; no obstante, solo se consideró a cinco empleados. Lo propuesto en el reglamento era beneficioso, pero no existían los recursos necesarios para que se concretara. Por ejemplo, para el gasto de la catalogación no se consideró la compra de estantes ni el mantenimiento de las instalaciones eléctricas. Únicamente figuraba un monto de 80 soles anuales para la compra de escritorio y 960 soles para «el reemplazo de los libros que se importen» (Salas Olivari, 2016, p. 359). Esta era una suma ínfima para las necesidades de la Biblioteca Nacional.

La Biblioteca Nacional estaba dentro de la sección de Instrucción del Ministerio de Instrucción, Culto, Justicia y Beneficencia, pero no era la única que la conformaba, pues compartía espacio con el Archivo Nacional, la Escuela de Artes y Oficios, la Escuela de Minas, la Universidad Mayor de San Marcos, la Universidad Menor del Cusco, la Universidad Menor de Arequipa y, por supuesto, el propio Ministerio de Instrucción. Si se compara el presupuesto de todas estas instancias en la partida del bienio 1879-1880, lo que le correspondía a la Biblioteca Nacional equivalía solo al 1,47 %; es decir, fue la institución con menos fondos. A pesar de ese escenario desfavorable, se impulsó la elaboración del catálogo, debido a lo trascendental del proyecto.

Durante la catalogación se hizo pública la noticia de que Polo había renunciado a la comisión. Su alejamiento, ocurrido el 19 de julio, se dio sin que hubiese podido culminar la tarea asignada⁴⁶. Solo llegó a arreglar las colecciones de los diarios sin encuadernar (González De la Rosa, 1880, p. 129)⁴⁷. Durante un poco más de medio año, González de la Rosa continuó con el encargo, hasta que el 16 de febrero de 1880, el secretario del Ministerio de Instrucción declaró fenecida la comisión. Por lo tanto, se aprobó autorizar a Odriozola para que creara un índice general y detallado de todas las obras de la Biblioteca Nacional⁴⁸. La prensa daba con pesar esta noticia, ya que la comisión había

46 Según Tauro una de las razones de su salida se debió a las discrepancias que tenía con González de la Rosa respecto a la ordenación de los volúmenes en los estantes (1964, p. 59). No obstante, se sabe también que una segunda razón, y quizá la más importante, fue que no recibía su sueldo mensual y cuando sucedía era con retraso, lo cual lo perjudicaba tanto a él como a su familia. Por ese motivo, el 8 de julio Polo pidió ser restituido en el cargo de oficial segundo de la administración de Correos. AGN. MJB. Legajo 70, documento 105, 1879.

47 Paz Soldán, en su presentación al Congreso el 28 de julio, informó de los avances de la Biblioteca Nacional. Al respecto, mencionó la conformación de la comisión del catálogo y dio a entender que tanto González de la Rosa como Polo continuaban en esa labor, cuando en realidad este último ya se había retirado (Paz Soldán, 1879, p. XXV).

48 *La Opinión Nacional*. Martes 17 de febrero de 1880.

desaparecido sin que hubiese podido culminar su objetivo. A la vez, era plausible que el gobierno la haya sostenido hasta esa fecha, pese a la guerra en la que estaba inmerso el país.

Días antes de que se diera por concluida la comisión, el 4 de febrero se emitió un decreto supremo que daba el plazo de seis meses para la elaboración del catálogo general. El 24 de ese mes, González de la Rosa remitió un informe al bibliotecario respecto a la catalogación. Según las instrucciones dadas, se encargaría de los salones primero y segundo, mientras que los salones tercero, cuarto y quinto le corresponderían a Polo. Debido a la renuncia de este último, González de la Rosa decidió ocuparse de los salones faltantes; de esa manera, culminó con los que se le encargaron, además del tercero. Entretanto, los salones cuarto y quinto quedaron pendientes. En el catálogo no se incluyeron ni los libros muy maltratados ni los trancos, que eran aproximadamente 10 000. Por su parte, los catalogados eran casi 40 000 (González de la Rosa, 1880, p. 129).

Un dato relevante salió a la luz el 1° de marzo, cuando la Secretaría del Ministerio de Instrucción le solicitó a Odriozola que informara sobre el catálogo que había hecho González de la Rosa, quien el 18 de febrero había asegurado haberlo culminado. En dicho mes, Odriozola informó verbalmente acerca de ese trabajo, el cual se empleó como base para que se suprimiera la comisión encargada del catálogo. La Secretaría también le solicitó al bibliotecario que comunicara si el subdirector había cumplido con todas sus obligaciones, conforme con el reglamento del establecimiento⁴⁹.

La Biblioteca Nacional permaneció cerrada durante los primeros meses de 1880⁵⁰. El secretario de Instrucción ordenó que desde el 1° de agosto se reabrieran los salones de lectura para el público; a pesar de la guerra, la ciudad debía seguir el curso normal de sus actividades. Las personas que iban a la Biblioteca Nacional, ya sea para estudiar o investigar, no debían perjudicarse por factores externos. Empero, pasaron varios días y Odriozola no acataba la medida⁵¹.

Ese mismo año, el bibliotecario se dio a la tarea de formar un salón destinado exclusivamente a libros americanos: el llamado salón América. En noviembre informó al secretario de Instrucción de que «siendo escasísimos el número de volúmenes relativos a las cinco repúblicas de Centro América»⁵², le remitía una relación de textos para que por su intermediación llegara a manos del secretario del despacho de Relaciones Exteriores, desde donde se le comunicaría

49 *La Opinión Nacional*. Martes 2 de marzo de 1880.

50 González de la Rosa, en su informe del 24 de febrero, indica que la Biblioteca Nacional estuvo clausurada a raíz del remate hecho allí de las alhajas colectadas para la compra del blindado Almirante Grau (1880, p. 129).

51 *La Opinión Nacional*. Martes 10 de agosto de 1880.

52 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 273, carpeta 14, 1880.

al doctor Torres Lama, representante del Perú en esos países, que iniciara la adquisición. Para aquel entonces se sabía que el ejército chileno tenía planeado llegar a Lima para ocuparla. La prioridad era resguardar la capital y garantizar el correcto funcionamiento de las entidades públicas. Odriozola no se amilanó ante esta situación; es más, siguió realizando sus funciones con normalidad, sin presagiar lo que vendría después.

El 9 de setiembre, Odriozola informó al secretario de Instrucción las razones por las que no había podido cumplir con el decreto supremo del 4 de febrero, relativo a la formación del catálogo general. Para dicho catálogo, Odriozola pidió, en su calidad de subdirector, que se nombrara a una persona de notoria ilustración para el ordenamiento de la Biblioteca Nacional. En ese sentido, lamentaba que el gobierno no hubiese considerado sus sugerencias.

También propuso que Enrique Torres Saldamando ocupara una plaza de conservador, ya que, desde hace dos años, servía gratuitamente a la Biblioteca Nacional; además, poseía notables aptitudes e inteligencia bibliográfica. Odriozola hizo hincapié en que, pese a la voluntad que tenía, no podía llevar adelante tal objetivo por sí solo. El bibliotecario recordaba con nostalgia lo siguiente:

Hubo época en que ayudado por los señores Palma, Patrón, Idiáquez, Saldamando y Polo, personas todas entendidas en bibliografía, pude prometerme llevar a buen término la tarea, pero desgraciadamente el ex ministro del ramo señor Paz Soldán quiso esterilizar mis esfuerzos y las de mis abnegados y entusiastas colaboradores⁵³.

Para esa fecha, el único empleado con conocimiento bibliográfico de la Biblioteca Nacional era el antiguo oficial conservador Calderón, quien estaba enfermo y no iba mucho a trabajar. Por su parte, los amanuenses contratados no contaban con lo necesario para el trabajo de organización de los libros. En resumen, estas fueron las razones que dio Odriozola sobre lo imposible que había resultado ejecutar el catálogo en el tiempo designado. A la vez que daba esta argumentación, solicitaba un nuevo plazo para culminar con lo comenzado. Entonces, luego de revisar el oficio, el gobierno atendió su pedido: el 5 de octubre estipuló que se extendiera el plazo hasta el 20 de julio del siguiente año. La guerra, la ocupación de Lima y el expolio imposibilitaron que esta empresa se concretara.

Antes de seguir, cabe resaltar que el gobierno peruano, según sus posibilidades, continuó apoyando a Odriozola hasta fines de 1880. Pese al déficit fiscal, la confrontación política en la que estaba sumergido el gobierno y el poco presupuesto asignado a este establecimiento, se alentó a que el catálogo se

53 AGN. MJB. Legajo 70, documento 13, 1880.

finalizara; así pues, el bibliotecario contó con ese respaldo para seguir adelante en el cometido.

La guerra y el expolio

El 5 de abril de 1879 Chile declaró la guerra al Perú y Bolivia. Los combates comenzaron en el mar, que terminó inclinándose a favor de los sureños después de su triunfo en la batalla de Angamos y el hundimiento del monitor peruano Huáscar, el 8 de octubre. Luego vinieron la campaña terrestre y el desembarco del ejército chileno en las costas de Pisco y Lurín. Después de la derrota peruana en las batallas de San Juan (13 de enero de 1881) y de Miraflores (15 de enero de 1881), el camino estaba libre para el ingreso del enemigo a la capital.

Las tropas chilenas entraron a Lima el 18 de enero de 1881 y rápidamente tomaron el control de la ciudad. A partir de ese momento comenzó un expolio sistemático de varias instituciones públicas. No solo se apoderaron de libros o manuscritos, sino también de todo material científico, artístico y escultórico (Paz Soldán, 1884, p. 736)⁵⁴. La Biblioteca Nacional fue una de las principales instituciones en la mira del invasor. De ello dejó constancia Odriozola en la carta que le envió, el 10 de marzo, a Mr. Christiancy, ministro de Estados Unidos en el Perú, acerca del «crimen de lesa civilización» que cometían las autoridades chilenas, en alusión a la sustracción de libros que estaban bajo su cuidado. Asimismo, le informaba que el 26 de febrero entregó, contra su voluntad, las llaves de la Biblioteca Nacional, con lo cual se inició «el más escandaloso y arbitrario despojo»⁵⁵.

La siguiente narración se basa en un documento inédito encontrado en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. No cabe duda de que brinda mayores detalles de este suceso funesto sufrido por la Biblioteca Nacional⁵⁶.

El 9 de mayo, el gobierno provisorio de Francisco García Calderón, instalado apenas el 12 de marzo, dispuso que las labores de la Escuela de Construcciones Civiles de Minas se dieran en los salones destinados al Club Lite-

54 El teniente de navío francés Albert Davin menciona que «todo lo que podía ser tomado fue sustraído a los laicos: utensilios de laboratorio, las colecciones, las bibliotecas, las anclas, las cadenas e incluso los pisos de los cuarteles de Lima» (2006, p. 30).

55 La usurpación fue planificada y la Biblioteca Nacional estaba en la mira de los chilenos desde los primeros instantes de la ocupación (Middendorf, 1973, tomo I, p. 318). La carta fue escrita por Odriozola y por Ricardo Palma, a quien Nicolás de Piérola había nombrado subdirector de la Biblioteca Nacional. Ambos fueron perseguidos por las autoridades chilenas por tal acto (Palma, 1979, p. 96). El tradicionista fue capturado y hecho preso en una habitación del corredor alto de la Biblioteca, pero debido a su reconocida personalidad literaria fue puesto en libertad (Hernández, 1933, p. 73-74); entretanto el bibliotecario, pese a la disposición de su inmediata prisión, consiguió asilarse en la legación norteamericana (Palma, 1912, p. 5).

56 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 279, carpeta 16, 1881. Se cuenta con algunos estudios en torno al expolio; véase Guibovich, 2009; Carcelén y Maldonado, 2014.

rario ubicados en la Biblioteca Nacional⁵⁷. Ello, a raíz de que la mencionada escuela fue ocupada como cuartel por el ejército chileno. El coronel Odriozola, notificado de la medida, informó a José Miguel Vélez, ministro de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia, que tal medida no podía darse porque la institución que dirigía también estaba ocupada por soldados enemigos. Al mismo tiempo, Odriozola informaba al ministro Vélez de la sustracción de un gran número de libros y documentos de los salones de la Biblioteca Nacional «y que se encontraban allí más de cincuenta cajones para llevarlos con los libros que aún quedaban»⁵⁸.

El contraalmirante Patricio Lynch le devolvió a García Calderón las llaves de la Biblioteca Nacional el 12 de mayo, aunque para entonces ya se había extraído más de la mitad de los volúmenes (Palma, 1984, p. 46). Cuatro días después, el ministro Vélez remitió el informe de Odriozola a Manuel María Gálvez, ministro de Relaciones Exteriores, con el fin de que ejecutara las acciones necesarias con el jefe de las fuerzas chilenas y se lograra la desocupación de la Biblioteca Nacional. La importancia de los libros que se encontraban en el establecimiento era revalidada por el ministro Vélez, quien indicó que «siendo de estimable valor los libros y antiguos documentos que aún quedan en ese local, sería muy conveniente que usted procurase recabar una orden expresa para que no continúe extrayéndose por los soldados los referidos objetos»⁵⁹. Pese al empeño invertido, el ministro Gálvez no obtuvo resultados.

Posteriormente, el 29 de junio, Odriozola envió un oficio al ministro Vélez para comunicarle que el día anterior, aproximadamente a las tres de la tarde, la Biblioteca Nacional había sido invadida por una partida de tropa armada, conducida por el intendente de policía del ejército chileno, el coronel Valdívieso. En ese instante, Odriozola se encontraba en su oficina. El intendente le previno que «dentro de un momento venía a ocupar todo este local, alto y bajo, el batallón Curicó, inclusive los departamentos que ocupados por el que suscribe, y el Archivo Nacional para los jefes y oficiales de dicho cuerpo en razón de estar amueblados»⁶⁰. Odriozola literalmente le suplicó al intendente que le permitiera quedarse, pedido que se le concedió. A la seis de la tarde del 28 ingresó el referido batallón y se alojó en todos los salones de la

57 El Club Literario estaba instalado en la Biblioteca Nacional desde diciembre de 1876. AGN. MJB. Legajo 70, documento 2, 1876.

58 En cajones se llevaron libros, muebles y todos los accesorios útiles y en buen estado. Pese a que tuvieron todo el tiempo necesario, no se llegaron a llevar todos los cajones preparados con destino a Santiago. En mayo de 1884, Palma le informó al ministro de Instrucción de la existencia de cajas grandes cerradas y rotuladas que se hallaban en uno de los salones de la Biblioteca Nacional. AGN. MJB. Legajo 71, documento 12, 1884.

59 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 279, carpeta 16, 1881.

60 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 279, carpeta 16, 1881.

Biblioteca Nacional, que fueron destinados para «cuadras de la tropa, hospital y almacén de armas y municiones; el club literario y los salones en donde funcionó la oficina de Estadística y todos los corredores altos y bajos»⁶¹. En el mismo oficio, Odriozola recordaba una nota formal que le había enviado al mismo ministro Vélez, días antes del 28, en la que señalaba que, cuando le devolvieron la Biblioteca Nacional, lo hicieron con «la falta y descomposición de todas las chapas de las puertas y mesas y escritorios»⁶². Lo único que aún mantenía en su poder era la llave de la puerta principal, que «defendía y aseguraba la oficina»⁶³.

Cuando Odriozola remitió el oficio, las fuerzas chilenas volvían a la Biblioteca Nacional para ocuparla. El bibliotecario temía que lo poco que había logrado que devolvieran volviera a desaparecer. Odriozola oía cómo los soldados enemigos decían que «les pertenece todo como vencedores»⁶⁴, en alusión a los invaluable materiales de la institución. Tal como el informe anterior, este oficio también lo remitió el ministro Vélez a su par en el despacho de Relaciones Exteriores, quien tenía que presentar un reclamo ante el jefe del ejército chileno por lo que estaba ocurriendo. No obstante, su reclamo no fue escuchado y se siguió con el expolio. Cuenta el viajero Ernst Middendorf que «las salas, tan bien arregladas antes, parecía que hubiesen albergado a criaturas de las divinas Euménides. Los armarios y los estantes estaban vacíos y dondequiera, desparramados por el suelo, se veían montones de libros medio destrozados» (1973, tomo I, p. 319).

Pese a que se tenía planificado enviar todos los libros de la Biblioteca Nacional al sur, buena cantidad de ellos se quedaron en Lima⁶⁵; específicamente, en manos de individuos particulares que por diferentes medios lograron adquirir algún volumen de su interés⁶⁶. Otra cantidad se quedó en manos de

61 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 279, carpeta 16, 1881.

62 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 279, carpeta 16, 1881.

63 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 279, carpeta 16, 1881.

64 AMRE. Correspondencia B.7.4.1. Caja 279, carpeta 16, 1881.

65 El 3 de agosto se publicó, en el *Diario Oficial de la República de Chile*, el informe que presentó el polaco Ignacio Domeyko, rector de la Universidad de Chile y encargado de reconocer la cantidad de libros traídos desde Lima. Domeyko manifestó haber contabilizado «más de diez mil volúmenes entre obras de diversos tamaño y folleto [...]» (Godoy Orellana, 2011, p. 302). La cantidad de textos sustraídos de la Biblioteca Nacional todavía está en debate y, más aún, cuánto se llevó el ejército chileno a su país. De lo que no hay duda es de las joyas bibliográficas sustraídas, como varias ediciones raras de la Biblia, elzevires, autores clásicos, un breviario de Venecia de 1489, una edición de Platón de 1481, el Misal Muzárabe de Toledo (1500), la relación de los autos de fe de Lima (Markham, 1895, p. 286); no se continua, porque la lista es larga.

66 El coronel del ejército José Luis Torres sostuvo que «mucho de lo robado se vendió en Lima, particularmente en lo referente a libros y periódicos, pues por mucho tiempo los pulperos italianos y los asiáticos envolvían las especias de la venta en papeles de oficio» (1890, pp. 218-219). Es muy probable que varios de esos libros y periódicos hayan pertenecido a las

ciudadanos chilenos o de funcionarios de dicho país, quienes se apoderaron de estos para venderlos o regalarlos⁶⁷.

A mediados de octubre de 1883, el ejército chileno se retiró de Lima y abandonó todas las instalaciones que tenía en su poder en la capital⁶⁸. En el caso concreto de la Biblioteca Nacional, Odriozola observó y lamentó el estado en que esta había quedado. En un informe que elevó al ministro de Instrucción el 31 de octubre, afirmaba que «[...] los preciosos y raros manuscritos que componían la colección de inéditos, ha desaparecido casi por completo»⁶⁹. Ese mismo día se hizo presente en la Biblioteca Nacional el señor Ramón Gutiérrez Paredes, secretario del Tribunal de Comercio, quien, por orden verbal del ministro de Instrucción, debía consultarle al bibliotecario sobre el espacio que podían ocupar dicho tribunal y el despacho de su secretaría. Odriozola propuso que usaran los ambientes asignados al Club Literario y al litógrafo encargado de realizar los grabados para la obra de Antonio Raimondi⁷⁰.

El 2 de noviembre, Ricardo Palma fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Con ello se formalizó el alejamiento de Odriozola de la institución que dirigió durante ocho años, aunque fue designado director honorario.

Conclusiones

Durante su gestión, Odriozola promovió reformas que urgían desde hacía décadas y que sus antecesores no concretaron por diversas razones. En este punto, no se puede soslayar su aporte respecto a la adquisición de obras —especialmente extranjeras—, el reglamento, la compra de estantes, la contratación de más personal para las labores internas y la catalogación de los materiales bibliográficos. Durante esta tarea contó con el apoyo de la prensa. En los diversos artículos periodísticos queda constancia de que el progreso de la Biblioteca Nacional era de interés público. Sin duda, los medios escritos mostraron su apoyo a Odriozola.

Mientras ocupó la plaza de bibliotecario, el país pasó por una crisis fiscal que se reflejó en el bajo presupuesto que se le asignó a la Biblioteca Nacional. Si bien no puede dudarse del apoyo que trataba de darle el gobierno, el déficit económico impedía que le pudiera otorgar más recursos. El presidente Prado y sus

colecciones de la Biblioteca Nacional.

67 Sobre el periplo de los textos que llegaron a Chile y el distinto destino que tuvieron, véase Godoy Orellana, 2011, pp. 301-304.

68 Según Polo, durante el tiempo que duró la invasión, Odriozola tuvo que vender parte de sus libros para poder comer (1890, p. 79).

69 Véase el informe completo en Durand, 1972, pp. 36-37. Por otra parte, el 30 de octubre, el director del Archivo Nacional Manuel María Bravo también presentó un informe del estado en que quedó la institución que dirigía. En una visita rápida, Bravo observó que faltaban alrededor de cuatro mil documentos del ramo histórico de Inquisición y todo lo perteneciente a la Real Audiencia de Lima. AGN. MJB. Legajo 68, documento 90, 1883.

70 AGN. MJB. Legajo 71, documento 134, 1883.

ministros de Instrucción reconocían la importancia de la Biblioteca Nacional en lo referente al progreso de las luces y la educación de la sociedad. En los distintos dictámenes se percibe esa intención de dotarla de las herramientas necesarias para su correcto funcionamiento.

Finalmente, la ocupación de Lima hizo que se retrocediera lo avanzado. El despojo de los miles de libros, periódicos, manuscritos, piezas anatómicas y muebles se llevó a cabo en pocos meses. En ese escenario, Odriozola hizo lo que pudo; con un Estado acéfalo y una guerra prácticamente perdida, no había a quién solicitarle apoyo. La institución a la que se entregó con ahínco fue despojada de su riqueza bibliográfica. A pesar de esa coyuntura, nada pudo opacar su genuino compromiso para sacar adelante el establecimiento que se le había encargado; sacó a la Biblioteca del letargo en el que se hallaba y le dio un dinamismo particular. Por eso, su paso por esta institución terminó marcando un precedente.

Referencias bibliográficas

- Buchbinder, P. (2018). Vicente Quesada, la Biblioteca Pública de Buenos Aires y la construcción de un espacio para la práctica y sociabilidad de los letrados. En C. Aguirre y R. Salvatore (Eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos XIX-XX* (pp. 149-166). Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Carcelén, C. y Maldonado, H. (2014). El saqueo de las bibliotecas y archivos de Lima durante la ocupación chilena entre 1881 y 1883. *Investigaciones Sociales*, 18(33), 141-153.
- Dager Alva, J. (1999). La producción histórica de José Toribio Polo. *Histórica*, XXIII(1), 1-45.
- Davin, A. (2006). *50.000 millas en el océano pacífico*. s.e.
- Durand, G. (1972). Palma y la Biblioteca Nacional. *Revista del Archivo General de la Nación*, 1, 25-276.
- Godoy Orellana, M. (2011). Ha traído hasta nosotros desde territorio enemigo, el alud de la guerra: confiscación de maquinarias y apropiación de bienes culturales durante la ocupación de Lima, 1881-1883. *Historia*, 44(2), 287-327.
- González de la Rosa, M. (1880). Informe sobre la formación del catálogo. *Revista Peruana*, IV, 128-133.
- Guibovich, P. (2009). La usurpación de la memoria: el patrimonio documental y bibliográfico durante la ocupación chilena en Lima, 1881-1883. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 46, 83-107.
- Hernández, R. (1933). Ricardo Palma, la Guerra del Pacífico y la Biblioteca de Lima. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LXXIV(78), 68-81.
- Herrera, J. H. (1862). *El álbum de Ayacucho*. Tipografía de Aurelio Alfaro.
- Loayza, J. J. (1878). *Memoria que presenta al Congreso Ordinario de 1878 el ministro de Justicia, Instrucción, Culto y Beneficencia*. Imprenta del Estado.
- Markham, Clements (1895). *Historia del Perú*. Imprenta de La Equitativa.
- Middendorf, E. (1973). *Perú: observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- Odriozola Romero, M. (1876). *Memoria que al Congreso Nacional de 1876 presenta el ministro de Instrucción, Culto, Justicia y Beneficencia*. Empresa tipográfica calle de Camaná N° 130.
- Palma, R. (1905). Sobre el quijote en América. *El Ateneo*, VII (38), 1935-1944.
- Palma, R. (1979). *Cartas a Piérola: sobre la ocupación chilena de Lima*. Milla Batres.
- Palma, R. (1984). *Crónicas de la guerra con Chile, 1881-1883*. Mosca Azul.
- Paz Soldán, M. F. (1879). *Memoria que presenta al Congreso Ordinario de 1879 el ministro de Justicia, Instrucción, Culto y Beneficencia*. Imprenta del Estado.
- Paz Soldán, M. F. (1884). *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Imprenta y librería de Mayo.
- Polo, J. T. (1890). El coronel Odriozola. *La Ilustración Americana*, 7, 78-79.
- Quesada, V. (1877). *Las bibliotecas europeas y algunas de la América latina*. Tomo I. Imprenta y librería de Mayo.
- Riviale, P. (1997). Manuel González de la Rosa, sacerdote, historiador y arqueólogo. *Histórica*, XXI(2), 271-292.
- Salas Olivari, M. (2016). *El presupuesto, el Estado y la nación en el Perú decimonónico y la corrupción institucionalizada, 1823-1879*. Instituto de Estudios Jurídicos.
- Tauro, A. (1964). *Manuel de Odriozola: prócer, erudito y bibliotecario*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Torres, J. L. (1890). *Apuntes para un libro municipal*. Imprenta y librerías de Benito Gil.
- Zevallos, J. (2018). Entre artesanos y culíes. Trinidad Manuel Pérez (1832-1879), primer autor de las reivindicaciones sociales en el Perú. *RIRA*, 3(1), 113-135.